

FOLLETOS

N.º 61

CONEL

TESTIMONIOS

Y TESTIGOS



JUAN BOSCO

CORREDOR DE FONDO

Francisco RODRIGUEZ DE CORO, SDB

ESTOS FASCICULOS PUEDEN ADQUIRIRSE EN FORMA DE UNA INTERESANTE COLECCION DE FOLLETOS

- que aborda a fondo el mundo apasionante de los consejos evangélicos
- que irá ofreciendo sus más destacadas vertientes teológicas, bíblicas, históricas, testimoniales
- que se sale de los tópicos en las formulaciones sobre la vocación religiosa
- escritos por los mejores especialistas con estilo y sensibilidad contemporánea
- una colección que responde a un vacío en un momento de redespertar vocacional

CONEL

FOLLETOS

editados por las CONFER
Conferencias Españolas de Religiosos y Religiosas

TITULOS APARECIDOS

1. **Y se fueron con El**, por Santiago Guijarro.
2. **Hombres para los demás**, por Pedro Arrupe.
3. **¿Liberadas?**, por María Luisa Brey.
4. **Los profetas no han muerto**, por Gregorio Ruiz.
5. **Nuestros increíbles padres del desierto**, por Juan María Laboa.
6. **Vocación y sexualidad**, por Mariano Martínez.
7. **Esos nuevos cautivos**, por Juan Pujana.
8. **Comprometidos en la liberación**, por M.ª Agudelo Moreno.
9. **Francisco sonrío de nuevo**, por Victoriano Casas.
10. **La comunidad del Reino**, por José Cristo Rey García Paredes.
11. **Mujeres de corazón**, por Celestino Fernández.
12. **Dos retos, dos testimonios**, por Roberto Martialay y M.ª Teresa Arias.
13. **Los religiosos, esos desconocidos**, por Alfredo M.ª Pérez Oliver.
14. **Mujeres consagradas ante el tercer milenio**, por María Teresa Ruiz Prados.
15. **Taizé, río de vida**, por José Miguel de Haro.
16. **Mary Ward, una mujer para ahora mismo**, por María Pablo-Romero.
17. **Vivir a tope**, por Santiago Martín Rodríguez.
18. **Apostó por los pobres**, por José Luis González-Balado.
19. **Por si alguien entiende**, por Gonzalo Fernández Sanz.
20. **Dios ama el silencio**, por Augusto Guerra.
21. **Las últimas de la ciudad**, por Juan José Sánchez.
22. **A la escucha del ser**, por Mariano B. de León.
23. **Alma de la escuela cristiana**, por Saturnino Gallego.
24. **Aquí, un amigo**, por José Rovira.
25. **Con el mundo a cuestas**, por Jaime Pujol.
26. **Entre musulmanes**, por Angel Calvo.
27. **La izquierda del espíritu**, por Alberto Escallada.
28. **Alfonso de Ligorio. Un camino hacia el Sur**, por Manuel Gómez Ríos.
29. **María, la contemplativa**, por Cristina Kaufmann.
30. **Mi aventura inquieta**, por Manuel Larrinaga Bengochea.
31. **La aventura del Reino**, por Angel Aparicio.
32. **Evangelizar enseñando**, por José M.ª Valladolíd.
33. **En la Iglesia de aquí y ahora**, por Alfredo M.ª Pérez Oliver.
34. **El nuevo ritmo del tam-tam**, por Daniel Ruiz y Gabriel Arrabal.
35. **¡Ay de mí si no evangelizará!**, por Santiago González Silva.
36. **Chaminade, un profeta en tiempos de cambio**, por Enrique Aguilera Llovet.
37. **De vocación sus amores**, por Paco Muñoz.
38. **La fuerza creativa del amor**, por Tomás Gálvez Campos.
39. **Jeremías: Tú a tú con Dios**, por José Alonso Díaz.
40. **Son cien años. Los amigos de Champagnat en España**, por Antonio Aragón Martón.
41. **XVII siglos de historia**, por Jesús Álvarez Gómez.
42. **iConsolad, consolad a mi pueblo!**, por María Teresa Rosillo.
43. **Consagración, nuevo estilo**, por CEDIS.
44. **Frontera del Evangelio**, por Carlos G. Vallés.
45. **El profeta de la Pasión**, por Fernando Piélagos.
46. **La hora de los laicos**, por L. Munilla y J. M. Rodanés.
47. **¿Hay demasiados carismas?**, por Ignacio Iglesias.
48. **San Pedro Nolasco**, por Xavier Pikaza.
49. **Los religiosos jóvenes, una esperanza para la evangelización**, por varios.
50. **Incansable amador de la Iglesia**, por Soledad Anaya.
51. **Mártires dominicos**, por Lorenzo Galmes y J.A. Martínez Puche.
52. **Testigo de esperanza**, por Margarita Riber.
53. **Una vida bajo el signo de María**, por Aurora González.
54. **Mujer de Iglesia en el corazón del pueblo**, por Mercedes García.
55. **He oído los clamores de mi pueblo**, por Eloy Bueno.
56. **En cualquier frontera: Calasanz**, por Manuel Rodríguez.
57. **A cielo abierto con San Gabriel de la Dolorosa**, por Odilo González.
58. **Mariannhill. Providencia de Dios y rebeldía de un hombre**, por David Fernández.
59. **Luis Amigó: Testigo entre los marginados**, por Agripino González y Juan Antonio Vives.
60. **El Padrenuestro de la vida religiosa**, por Xabier Pikaza.

... Y OTROS MUCHOS QUE IRAN APARECIENDO MENSUALMENTE EN TRES SERIES:
ROJA (TEOLOGIA Y BIBLIA), VERDE (HISTORIA Y CARISMA), AZUL (TESTIMONIO Y TESTIGOS).

Difusión simultánea, como suplemento encartado, en la revista VIDA NUEVA

Pedidos: Central Catequística Salesiana - Alcalá, 164 - 28028 MADRID

JUAN BOSCO

CORREDOR DE FONDO

Francisco RODRIGUEZ DE CORO, SDB

1

NACIDO PARA CORRER

—*Preséntate, oye.*

—Me llamo Juan Bosco. Más completo, Juan Melchor Bosco Occhiena. Así. Todo con dóciles letras mayúsculas.

Un chico pobre, por qué negarlo.

Pero con suerte. Consecuente y obstinado.

Hasta tal punto que nada se me resistía, porque era siempre fiel a mí mismo

(que es la primera de las fidelidades, a la que hay que ser fiel. ¡Vamos, digo yo!).

Casi, desde muy pequeño, tuvo nuestro buen Dios la idea —genial idea— de llamarme a su lado y entregarme un puesto muy amplio en su Reino, que yo intenté llenar con muchos otros chicos y jóvenes.

—*¿Por qué no hablar de tu familia?*

—Naturalmente.

Nací en Morialdo (Italia), barrio Castelnuovo de Asti, en 1815.

Más en concreto en uno de sus case-ríos, cuyo nombre tradicional era de **I Becchi**.

Fuimos tres hermanos: Antonio, José y yo, cerrando filas.

Antonio era hijo del primer matrimonio de mi padre Francisco, que murió cuando yo tenía dos años.

Imagínate la tragedia.

La ausencia de mi padre en tan tem-

prana edad, junto con Antonio —bastante cerril, por cierto— resultaba dolorosa y de consecuencias imprevisibles.

Menos mal que mi madre Margarita era una campesina entera, una gran persona, cristiana, limpia, servicial y amante de sus hijos. Aun cuando alguien le propusiera un nuevo matrimonio ventajoso, ella decidió consagrarse a nosotros. Yo fui el más beneficiado como ya te demostraré.

—*Dicen que eras divertido, ¿no?*

—Mira, yo era un chico alegre e inquieto.

Tenía fama de buena gente y de profesión simpático. Ya con diez años, quizás antes, se pegaban a mí muchos otros chicos. Yo creo que centenares. (Hay que echarse algún pegote).

Les chiflaban mis historias. Las sacaba de los sermones del señor cura y de la lectura de libros tan bonitos, como «**Los Reales de Francia**» **Guerrín Mezquino**, y «**Bertoldo y Bertoldino**».

Pero todavía lo que más les embelesaba eran mis trucos y pasatiempos.

Sí, sí. Hacía juegos de manos, daba el salto mortal, hacía la golondrina, caminaba con las manos, andaba y saltaba sobre la cuerda, cambiaba el agua en vino, mataba y despedazaba un pollo para hacerlo resucitar y cantar mejor que antes...

Era de la opinión —y desde el cielo sigo pensando lo mismo— que la diversión sana constituye el auténtico oxígeno del alma y la genuina salud para el cuerpo.

Siempre terminaba mis sesiones con una oración, dejando fuera a los que blasfemaban o no querían tomar parte en las prácticas religiosas.

Dispuesto a jugarme el tipo por cualquiera de aquellos chicos, me respetaban y admiraban de forma creciente.

—*¿Es cierto que Dios te hablaba en «sueños»?*

—Mira, para no oír los constantes lamentos y las bravatas de Antonio, a quien yo le caía muy mal, ponía mis ojos de chiquillo en los árboles, en los ríos, en los pájaros, en los **sueños**.

Por eso, para mí, las grietas de la pared del cuarto se transformaban en fantasmás; la gallina gorda bajo la cesta se confundía con el diablo y el maravilloso mundo de las estatuas de la parroquia cobraba vida en torno a mi almohada por las noches.

De día, no pasaba nada de nada en el caserío, fuera de las escenitas de Antonio.

Pero de noche primero, luego en cualquier momento, aquellos magníficos seres, que habitaban supuestamente debajo de la cama, adquirirían realidad.

La **Madonna** —no vuestra cantante, claro, sino la Virgen vestida de pastora— acariciaba mis mejillas y me urgía a hacerme fuerte y humilde, mientras me decía: **A su tiempo lo comprenderás**.

Su Hijo, como el San Mauricio de los cuadros, me mandaba imposibles.

Legiones de chicos y jóvenes, peleándose, se convertían en fieras o en dóciles corderos. Y todo, adobado con ruidos de tormentas, relámpagos y rayos...

Cuando llegue a mayor aparecerán innumerables ramas de árboles, que, convertidas en barcas llenas de muchachos, sortearán las asechanzas de monstruos increíbles.

También aparecerán en mis **sueños**, pequeños héroes indestructibles colgados de rocas, mientras por debajo de ellas, amenazantes y hambrientos, coplearán mil cocodrilos y alimañas...

Mis impresiones de estos **sueños** serán siempre mayúsculas, oye.

Como trasfondo me encontraba con todos los mundos de la infancia y de la juventud de siempre.

Casi, casi, parecían películas de Spielberg, donde hay una especie de ne-



gación de la madurez. ¿Recuerdas el largometraje «ET»?

Algo de culturilla cinematográfica tengo que tener. No te olvides que me declararon patrono del cine.

—*Se ha escrito de tu primer desengaño.*

—Los historiadores lo han explicado con palabras muy serias.

De pequeñajo había alcanzado un nido con un mirlo muy pequeño y lo criaba. En mi jaula, entretejida con ramitas de sauce, le había enseñado a silbar.

El pájaro aprendía y aprendía.

Al verme saltaba alegre sobre los barrotos y me saludaba con silbidos generosos.

Era un mirlo estupendo aquel mirlo; mi mejor juguete y mi mejor amigo.

Mil mirlos podría yo tener ya, mil picos cariñosos, dos mil patas reclamando su porción de ternura; que, si algún día me llegaba a faltar aquél, ninguno de los mil podría sustituirle... ¡Claro que eso nunca pasaría!

Pero una mañana, el mirlo no pudo saludarme con sus silbidos. Un gatazo había deshecho la jaula y se lo había comido. Entonces me eché a llorar. El juguete, como todos los juguetes, había acabado rompiéndose. Tardaría bastante en recuperarme, aunque mi madre me dijera que ya encontraría otros.

No y no.

¿Es que no saltaba a la vista que ningún mirlo podría sustituirle, como ningún día a otro, como ninguna madre a otra?

¿Es que mi madre y el mundo entero no se daban cuenta que ocupar un lugar que ha quedado vacante es siempre sustituir?

Aquel banquete gatuno tenía tremendas consecuencias para mí. Me devolvía a mi **vida**, a mi **aire**, a mi **luz**.

—*¿A qué consecuencias te refieres?*

—Pues a que el hombre nace, pero,

sobre todo, se hace. Es decir, empecé a jugármela.

Había otro chico de mi edad que trabajaba como mozo en un caserío. Se llamaba Segundo Matta.

Todos los días su amo le entregaba una rebanada de pan negro, mientras ponía en sus manos el ronزال de dos vacas.

Contento e investido de autoridad, Segundo las llevaba a pastar hasta el mediodía.

Pero, ¡ay!, todo su gozo en un pozo. Al bajar se topaba conmigo, que realizaba la misma operación, pero con una rebanada de pan blanco. Me alzaba yo así con el santo y la peana.

Sin embargo, advertía yo en la mirada de Segundo un deseo: «¡Quién pudiera catar el pan blanco de Bosco!». Y, ni corto ni perezoso le dije un día:

—*¿Me quieres hacer un favor?*

—Pues claro.

—Me gustaría que nos cambiásemos el pan. Sin duda, el tuyo es mejor que el mío.

Dicho y hecho. Segundo Matta, durante tres meses —él fue quien lo contó después— se intercambió el pan conmigo.

La verdad es que mi madre me venía enseñando que de dentro afuera, y desde abajo, codo a codo —no a codazos—, brota y crece la recuperación de los otros, cuando acogía en casa a cualquier soldado tránsito de las guerras napoleónicas.

Yo con el tiempo aprendería que las diferencias entre las personas no son tan grandes. Suelen estar en las «rebanadas de pan» que a cada uno toca en la vida.

—*Te tuviste que ir de casa.*

—Sí. Se ha hablado mucho de ello.

La idea de hacerme cura me rondaba desde bien pequeño y por eso leía y estudiaba sin parar, como podía.

A mi hermano Antonio le desagradaba mucho mi actitud.

Un día mi madre le buscó las cosquillas así:

—Juan trabaja como todos. Si, además, quiere leer, ¿a ti qué te importa?

No lo hubiera dicho.

—Me importa mucho —atajó—; porque soy yo y nada más que yo el que arrastra este carro. Soy yo el que se rompe las costillas sobre el surco. Y soy yo el que no quiere mantener señoritos. No va a estarse él tan cómodo leyendo y nosotros ía pasarlas moradas!

¡Las cosas no pudieron salir de otra manera, caray!

Las sinrazones de Antonio me hicieron estallar y alcé la mano. Pero él alzó la suya y me fue golpeando como otras tantas veces. Eran muy pocos doce años contra diecinueve.

Aquella noche no dormí. Tampoco mi madre. ¡Qué pronto se acaba la dicha en la casa del pobre!...

A la mañana siguiente salí de casa con su bendición.

Ella se venía en mi pensamiento y yo me quedaba rezagado en su alma.

Tendría que acostumbrarme por de pronto a sobrevivir y por espacio de tres años.

—¿Encontraste trabajo?

—Así pues, aquel febrero de 1827 desgolló todas mis esperanzas de vivir en casa.

Hundido por la tristeza, me convenía pensar que «no puede ser el cuervo más negro que las alas» y me lancé en busca de trabajo.

Había algún que otro chico de mi edad y decenas de mozos que lo encontraban por las granjas del Piamonte. Yo intenté hacer lo mismo, sufriendo bastantes portazos. El ruido de una puerta que se cierra por fuera tiene tela, ¿verdad?

La incansable pena de aquel largo día

desapareció al aceptarme la familia **Moglia** en calidad de mozo de cuadra.

Como, modestia aparte, los libros nunca entrañaban dificultad para mí, dediqué mis ocios al estudio y a repararles las lecciones a las chicas de los **Moglia**.

Siempre me acuerdo de aquellos años. Desde 1827 hasta 1829 los pasé estregando las vacas en una perdida granja del Monferrato.

No era mucha mi suerte. Manzoni editaba **Los Novios** en 1827, Leopardi empezaba a componer los grandes **Idilios** en 1828, y, en fin, Rossini ponía en París su **Guillermo Tell** en 1829.

Pero yo empecé a ver las cosas y los acontecimientos de otra manera. Empezaba a hablar con Dios y a tomarle en serio.

—*Y por Castelnuovo, ¿qué?*

—Mi hermano Antonio se casó y el tío Miguel, el hermano de mi madre, arregló mi vuelta a casa.

Yo quería ser sacerdote, por lo que había que estudiar de forma más reglada.

Unos cinco kilómetros separaban el caserío de la escuela del pueblo. Yo los recorría todos los días cuatro veces, remontándolos con verdadero gusto.

Con quince años —limpio, guapote y repeinado, aunque sin excesos. (Esto no lo digo yo. Se lo oía a mi madre)—, me sentaba en bancos escolares, acompañado de chiquillos cinco y seis años más pequeños que yo. Si a esta desgracia se unía mi chaqueta, tan poco a la medida, como mis bastos pantalones y zapatos, te puedes imaginar que con tanta facilidad como crueldad, me convirtiera en el blanco de chirigotas y chistes de los demás.

Yo, que había sido el ídolo de los chicos de Morialdo y de Moncucco, no sólo tenía que aguantar a mis nuevos compañeros, sino a mis propios paisanos de Castelnuovo.

Desde mi ingreso a diario por el cabo del pueblo hasta la escuela escuchaba palabras a media voz de las cotillas de siempre como:

—¡Hay que ver la Margarita cómo lo lleva!

—¡Tendrá cara en vestir así al chico!

—¿Dónde echará los buenos cuartos del marido?

Hasta el mismo maestro Nicolás Moglia caía sobre mis trabajos y esperanzas así:

—¿Qué pretendes entender tú de latín?

En **I Becchi** no hay más que grandes borricos. Estupendos borricos, pero siempre borricos.

Vete a buscar setas, a buscar nidos: ése es tu oficio y no estudiar latín.

Imagínate.

Las oleadas de aflicción volvían más ágil mi alma. Pero no por eso la arteriosclerosis de mis paisanos dejaba de serme homicida en vida.

Después de muerto me dedicarían una estatua y darán mi apellido al pueblo, que de **Castelnuovo d'Asti** ha pasado a llamarse: **Castelnuovo Don Bosco**.

Nunca es tarde si la dicha es buena.

2

«CROSS»
JUVENIL

—*Háblanos de aquellas chicas.*

—Se ha hablado demasiado poco del tema.

Muchos de mis historiadores se educaron en seminarios ultrancistas. Quie-



■ Dibujo primitivo del cobertizo Pinardi, transformado por Don Bosco en Oratorio, y panorama de la actual obra donde se encontraba la Casa Pinardi.

ro decir **carcas** y sintieron alergia por la cuestión. Y luego vienen los periódicos de hoy y me quieren maltratar en mi fama y en mis sentimientos y tal y qué sé yo.

Las chavalas, pues cómo no, me traían de calle.

Reconozco que era pequeño de estatura, pero guapillo y tal.

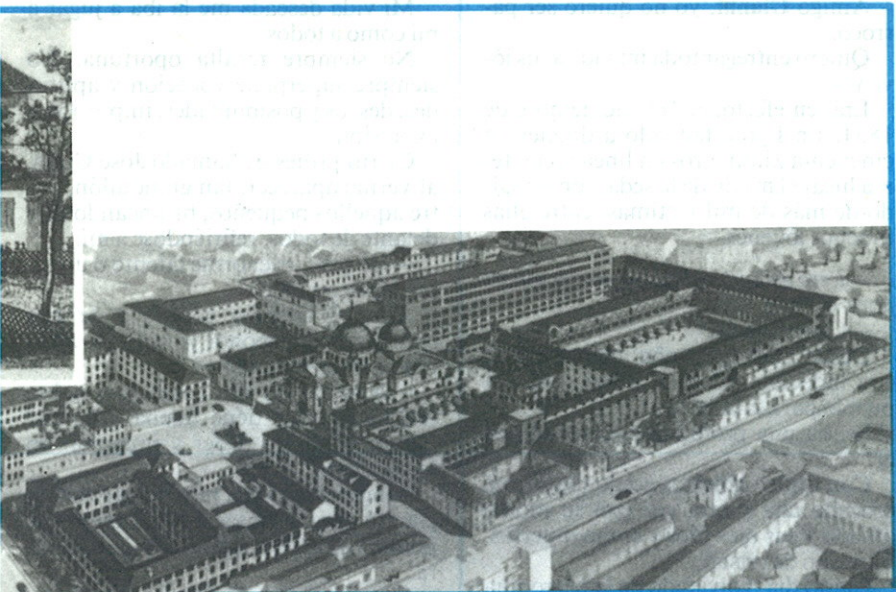
No hablemos de músculos. Que aun de anciano podía presumir de buenos bíceps y de enorme fuerza en las manos.

En casa de los **Moglia** había dos chicas: Tere y Ana.

Sobre todo con Ana charlaba y cambiaba impresiones, además de darle clase.

De este trato familiar surgió una excelente amistad que duró toda la vida.

Vuelto a casa con mi madre, ahora en Sussambrino, llevaba a pastar las vacas de mi hermano José. Este trabajo me permitía leer y estudiar.



Pero me embebía tanto en los libros que las vacas andaban por su cuenta.

La chica del socio de mi hermano, Rosa Febraro, y algunas de sus amigas mayores, mientras me reconducían el rebaño, me ponían algunas veces los ojos dulces.

Yo andaba ya por los 16 años y ya sabes que es una edad estupenda para la ilusión... ¡Claro que las chicas de Sus-sambrino estaban como un queso, pero yo quería ser cura y entrar en el seminario de Chieri!

¡Ay, perdona, se me había ido la cabeza y no me acordaba que fui canonizado! Es decir, que soy santo desde el 1 de abril de 1934, y ciertas expresiones...

—*¿Qué pasó aquel 4 de noviembre de 1831?*

—Era un día claro del «veranillo de San Martín». Marchaba a pie, a buen paso, en compañía de mi amigo **Gianni** para estudiar en Chieri.

Lo recuerdo como si fuera hoy.

Yo me sinceraba con él, contándole mis peripecias pasadas, los intentos realizados, mis futuros estudios.

Su mirada coincidió con la mía y me dijo a quemarropa:

—¿Y vas solamente para estudiar en el colegio, cuando ya sabes tantas cosas? ¡Pronto llegarás a ser párroco!

Dada mi fuerza interior, todo cuanto me pudiera decir, hasta mi mejor amigo..., me resbalaba.

Poniéndome solemne, de lo que hoy me arrepiento, le dije:

—«¿Pero tú sabes lo que quiere decir ser párroco?

Tiene obligaciones gravísimas.

Al levantarse de la mesa, después de comer o cenar, tiene que pensar: yo ya he comido, pero ¿y mis feligreses? ¿Habrán matado el hambre?

Entonces tienes que dividir con los pobres lo que posees.

Amigo **Gianni**, yo no quiero ser pároco.

Quiero entregar toda mi vida a los jóvenes».

Era, en efecto, el 4 de noviembre de 1831. En Lyón, tan sólo a doscientos cincuenta kilómetros en línea recta, tenía lugar el motín de la seda, con un saldo de más de mil víctimas, entre ellas muchos jóvenes.

—*Pero esta idea de cura no era nueva para ti...*

—Claro que no.

Desde muy pequeño me acercaba con indecible tiento al señor cura del pueblo para saludarle.

Sentía una profunda curiosidad por él.

Con ojos abiertos como platos me cruzaba una y otra vez con su morro afilado y sus ojos fijos y como muertos. Parecían de cristal.

Cierta día, volviendo de la parroquia al caserío con mi madre, le susurraba desolado:

—Te has fijado, mamá, el señor cura nunca nos saluda.

—Apañados estábamos, hijo —me atajaba—, si el señor cura tuviera que entretenerse con cada mocoso que encuentra por la calle.

Y yo, con inocente y descalza simplicidad, le respondía:

—Pues yo seré también cura..., pero de los mocosos.

En este aspecto no cambiaría nunca.

Si el vivir nos cambia tanto y una de las cosas más difíciles de este mundo consiste en convivir con aquello que fuimos, exactamente porque ya no lo somos, yo, terne en mi opción, cambiaría de técnicas, nunca de alma.

—*¿Los profes en Chieri cambiaron de «tónica»?*

—Pues la verdad, no cambiaron de «tónica», así como así, con la facilidad con que lo decís en la tele.

Mi vida deseada me la iba a jugar a mí como a todos.

No siempre resulta oportuna. No siempre superpone vocación y aptitudes, deseos y posibilidades, impresión y expresión.

Cierto profesor, llamado José Cima, al verme aparecer, tan grandullón, entre aquellos pequeños, bromeando dijo delante de todos, refiriéndose a mí:

—He aquí un enorme talento o un topo. ¿Qué opináis?

Ante el silencio cómplice de mis compañeros respondí yo mismo, aturdido e impresionado:

—Algo de las dos cosas. Un pobre muchacho que tiene buena voluntad para cumplir su deber y progresar en los estudios.

Ningún reproche, ni ninguna nostalgia. Yo quería ser sacerdote y tenía que poner los medios, costara lo que costara.

Y con obstinación, sobre cualquier tableteo.

Muchos años más tarde, el escritor Herman Hesse hará decir a un anciano de sus cuentos: «Obedece, hijo mío, a esa sola ley que llevas escrita en ti mismo, el propio sentido, a la **obstinación**».

—*¡Por fin, los deslumbraste!*

—Bueno, me aplicaba un montón en los estudios, porque, aparte de considerarlo un deber indispensable de cultura, venía a ser también una forma concreta de responder a mis expectativas de llegar a sacerdote.

—*¡Tengo grandes recuerdos de aquella época!*

Dos meses hacía que estaba en clase cuando ocurrió un pequeño incidente que dio algo que hablar sobre mí.

Explicaba don **Giuseppe** la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote.

Aquel día no tenía yo mi libro. Para disimular mi olvido, sostenía abierta la gramática ante mí.



■ **Andaba y saltaba sobre la cuerda.**

Los compañeros se dieron cuenta de ello.

Uno comenzó a dar con el codo al vecino. Otros a reír.

—¿Qué sucede? —exclamó el profe.

Y como todas las miradas se dirigían hacia mí, me mandó repetir su explicación, leyendo el texto latino y las explicaciones pertinentes.

Mis compañeros, como por instinto, aplaudieron.

El furor de don **Giuseppe** se hizo inexplicable. Era la primera vez que le fallaba la disciplina.

Entonces me largó un pescozón, que yo esquivé agachando la cabeza.

Después, con la mano sobre mi gramática, me hizo explicar la razón de «aquel desorden». Pero mis compañeros interrumpieron:

—Bosco no tiene el Cornelio Nepote. No tiene más que la gramática y ha leído y se ha explicado como si tuviera el libro de Cornelio.

Reparó él en la gramática. Me hizo continuar «leyendo» dos períodos más y después me dijo:

—Te perdono el olvido por tan feliz memoria. Eres muy afortunado.

Procura servirte bien de ella.

—¿Se repitieron los sueños?

—Sí.

Días antes de venir a Chieri, todavía en Castelnuovo, se repetía el de los nueve años que, fijo como un tatuaje, guardaba en mi memoria.

De nuevo veía una muchedumbre de chicuelos transformarse primero en animales, que se despedazaban entre sí y luego se convertían en mansos corderos. Veía también un **personaje resplandeciente**, que me recomendaba paciencia, mientras yo intentaba corregir a puñetazos a todos aquellos díscolos.

Un poco más tarde volvía a aparecer la **Señora vestida con un manto brillante**, ofrecida como la madre del misterioso personaje.

Ella me encargaba de nuevo ocupar me de aquellos chicos —sus hijos los llamaba—, rogándome, como en el sueño de los nueve años, que me hiciera **humilde, fuerte y robusto** y que **a su tiempo todo lo comprendería**.

Tantos golpes, tantos bastonazos, tantas bofetadas de uno y otro lado me despertaban con las manos deshechas y la cara dolorida.

Esta vez, no pude contar con mis hermanos, ni con mi madre, ni con mi abuela, como confidentes para narrárselo. Pero a mí me bastaba. Ahora parecía ir todo todavía más en serio.

—*¿Qué fue eso de la «Sociedad de la Alegría»?*

—Pronto mis éxitos escolares me pusieron en situación de tener ante mis compañeros una relación de prestigio.

¿Por qué no aprovecharme de ella para hacer el bien?

Y ni corto ni perezoso traté de echarles una mano en sus deberes siempre que podía.

Hasta exageré más de una vez, pasándoles por debajo del banco traducciones completas.

Me pillaron durante estas maniobras y salí bien librado gracias a mi ya reconocido ascendiente.



■ **¡Las cosas no pudieron salir de otra manera, caray!**

Todos ahora en Chieri me sorprendían dichosamente distinto.

Yo formé con mis compañeros una numerosa pandilla, que apellidamos **Sociedad de la Alegría**. Jugábamos, corríamos, saltábamos, vivíamos.

Además nos dimos un reglamento sencillísimo, el de **estar alegres**.

La alegría era un clavo que yo llevaría clavado en mi frente. Mis alumnos más tarde (algunos de ellos santos) interpelaban así a los novatos del colegio: «Nosotros hacemos consistir la santidad en estar alegres, muy alegres. Bus-



■ A cambio de la catequesis haría yo de saltimbanqui.

camos evitar el pecado, porque nos roba la alegría del corazón».

¿Qué más felicidad quieres?

—Creo que para entonces ya eras corredor de fondo.

—Nuestra pandilla acudía todos los días festivos a la iglesia de San Antonio, donde los jesuitas sostenían una estu-penda catequesis.

Un domingo de 1832 acudieron muy pocos. Molesto por el plante de los míos, fui a ver qué pasaba, ¡Caramba!

¡Total nada!

Había llegado un saltimbanqui que ofrecía el espectáculo de alta acrobacia

precisamente los domingos por la tarde.

Era un verdadero atleta.

Corría y saltaba como una máquina arrolladora, desafiando a los espectadores más jóvenes a superarle en saltos y carreras.

Reuní entonces a mis más adictos para decirles:

—Si este saltimbanqui sigue con su espectáculo las tardes del domingo, se acabó nuestra Sociedad. Tendría que ganarle uno cualquiera. Se podría llegar a un pacto.

—Pero y quién le vencerá —observaban todos.

—Puede que haya alguno —observé yo, con un poco de chulería—. Además no es ninguna cosa del otro mundo. En correr no me considero yo inferior a él.

No medí las consecuencias de mis palabras.

Un compañero imprudente se lo fue a contar, y héteme aquí metido en un desafío: atravesar corriendo todo Turín y ver quien llegaba antes.

En seguida gané terreno y le dejé tan atrás que me dio por ganada la partida.

Me desafió a saltar. Di el mismo salto que él, pero un elemental **Salto con garrocha**, es decir, apoyando fuertemente las manos, me hizo vencerle.

Después de superarle también en el juego de la varita mágica, me retó a alcanzar la mayor altura sobre un olmo. No desesperaba en vencerme en algo.

Logré con mucho esfuerzo alcanzar su altura. ¡A punto estuve de romperme la crisma!

El se relamía de gusto.

Al fin, agarrándome al árbol con las dos manos y con toda mi alma, levanté el cuerpo y logré poner los pies un metro más arriba que mi contrincante.

Vencí y tuvo que cumplir el pacto: marcharse con la música a otra parte.

A cambio de la catequesis, haría yo de saltimbanqui y prestidigitador.

«SPRINTER» DECIDIDO

—¿Qué tal te quedaba la sotana?

—La sotana siempre queda bien.

Y cuando la estrenas mejor.

Por aquellos años era un paso importante.

Era una señal para decir a todo el mundo: «Quiero ser sacerdote y vivir como debe vivir un sacerdote».

Se le añadían otros accesorios que completaban el uniforme del clérigo: el alzacuello blanco, el sombrero de teja, el bonete negro con borla. El color único, insustituible, era el negro.

Yo siempre tuve necesidad de todos. También en esto.

Por eso, para mi toma de hábito, la gente del pueblo me regaló la sotana, el sombrero, los zapatos, el bonete y hasta los calcetines negros.

Fue el domingo, 27 de octubre de 1835, cuando en una sencilla ceremonia, antes de la misa mayor, iba a sentir sobre mi cuerpo joven la caricia de la túnica de Jesús.

La iglesia de Castelnuovo estaba a reventar: a los de mi pueblo se habían unido, admirados y devotos, los de **I Becchi**, los de Morialdo y otros caseríos de alrededor.

Yo creo que ya les caía bien a todos.

Al acercarme al altar se me hizo un nudo en la garganta.

Cuando el párroco del pueblo me mandó quitarme los vestidos del mundo con aquellas palabras: «Que el Se-

ñor te despoje del hombre viejo y de sus actos», yo dije en mi corazón: «¡Cuánta ropa vieja me he de quitar! Dios mío, destruye en mí todas mis malas costumbres!».

Después, cuando añadía al darme el alzacuello: «Revístate el Señor del nuevo hombre, que Dios creó en justicia y santidad verdadera», yo añadí para mis adentros: «Dios mío, haced que desde este momento empiece una vida nueva, según vuestro divino querer. María, sed mi salvación».

—... *Un cambio de vida.*

—En efecto, este acto tenía un simbolismo especial.

Era en cierta manera como un «morir» a la vida del siglo y estrenar una nueva.

¿Cómo te diría yo?

Algo así como un nuevo nacimiento.

Mi nuevo tenor de vida yo lo comprendí en toda una serie de actitudes: prácticas de moderación en hablar, comer y dormir y en intensificar la oración.

No siempre lo logré. Pero el **golpe de timón** estaba dado.

Atrás iban a quedar las vanidades y la superficialidad, para dar paso a un encuentro en profundidad con Dios, conmigo y con todos.

—*Tu madre cómo lo vio?*

—Cinco días más tarde, el 30 de octubre, yo debía entrar en el seminario.

Precisamente la tarde antes, en Susambrino, mientras hacía la maleta, me llamó aparte y me dijo:

—«Juan, ya has vestido la sotana sacerdotal. Como madre experimento un gran consuelo al tener un hijo seminarista.

Acuérdate de que no es el hábito lo que honra un estado, sino la práctica de la virtud.

Si alguna vez llegases a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no deshonres ese hábito. Quitátele en seguida.

FAMILIA SALESIANA: SDB, FMA, CC.SS., AA.AA., VDB

	EDAD DEL POSTULANTE	DEBE SER CATOLICO	PARA HOMBRES/ MUJERES	CASADOS	ADMITE SOLTEROS	TIPO DE COMPROMISO	REQUIERE ADMISION FORMAL	VIVIR EN COMUNIDAD
Salesianos (SDB) Año de fundación: 1859 17.644 miembros en 1988	18+	SI	HOMBRES	NO	SI	VIDA	SI	SI
Salesianas (FMA) Año de fundación: 1870 17.203 miembros en 1988	18+	SI	MUJERES	NO	SI	VIDA	SI	SI
Cooperadores (CC.SS.) Año de fundación: 1876 55.000 miembros en 1988	16+	SI	HOMBRES- MUJERES	SI	SI	VIDA	SI	NO
Antiguos Alumnos (AA.AA.) Año de fundación: 1870 Sin contar	SIN LIMITE	NO	HOMBRES- MUJERES	SI	SI	SIN LIMITE	NO	NO
Voluntarias (VDB) Año de fundación: 1917 920 miembros en 1988	21+	SI	MUJERES	NO	SI	VIDA	SI	NO

Prefiero tener un hijo campesino a sacerdote negligente.

Cuando viniste al mundo te consagré a la Virgen. Cuando comenzaste los estudios, te recomendé la devoción a nuestra Señora. Ahora te digo que seas todo suyo.»

Al acabar estas palabras mi madre estaba conmovida. Yo lloraba de emoción.

Le respondí: «Madre, le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Nunca olvidaré sus palabras».

A la mañana siguiente me fui a Chieri, para entrar en el seminario la tarde del mismo día.

Desde lo alto de la pared principal, un reloj de sol me daba el primer saludo. Bajo el cuadrante de las horas estaba escrito: **Afflictis lentae, celeres gaudentibus horae**, que traducido suena así: «Para el que sufre, tardan en pasar las horas, pero corren veloces para el que tiene el corazón alegre».

Todo un programa para un mocetón como yo que, con veinte años, se preparaba a pasar dentro de aquellos muros nada más y nada menos que seis años seguidos.

—Y el seminario ¿qué?

—Excelente.

Con los altibajos de rigor porque la vida era muy monótona.

Se salía, entraba, hablaba, callaba, estudiaba y rezaba al son de la campana.

Lo primero que aprendíamos, al traspasar aquella puerta, era que la campana era la voz de Dios.

Por otra parte, ya desde muy pequeño tuve muy en cuenta la condición social del hombre.

El ser humano, para desarrollarse adecuadamente, tiende a agruparse en asociaciones, grupos, pandillas...

Diríase que el hombre, para no «extinguirse» como hombre, necesita de un contorno humano que propicie su desarrollo lógico y posibilite su capacidad en cuanto persona.

Así pues, yo encontré en el seminario lo que llevaba ya dentro.

Dado mi carácter jovial y extravertido encontré excelentes amigos como Comollo o Giacomelli... y, sobre todo, pude desarrollar ese algo de mi vocación, donde la fe tiene mucho que decir y aportar.

—¿Seguías con tu «clavo fijo» de dedicarte a los chicos?

—Naturalmente.

No había por qué cambiar de sinceridades.

Los jueves, en el seminario, se rompían todas las monotonías de los implacables horarios.

Cada seminarista tenía sus aficiones, sus entretenimientos...

Yo esperaba, de forma inexplicable, las llamadas del portero, que sin fallar una sola vez gritaba en piemontés:

—iBosco de Castelnuovo, a la portería!

Mis compañeros seminaristas, buscando la menor ocasión para reír un poco, haciendo eco, gritaban a su vez:

—iBosco de Castelnuovo, a la portería! iA la porteríaaaaaaaa!

Todos reíamos de buena gana y, so-

bre todo, yo que sabía quienes me esperaba.

Eran los socios de la **Sociedad de la Alegría**, los chavalones con los que había hecho el bachillerato, los mil peques a los que había divertido con mis juegos y mis chistes en el mismo Chieri.

Nos entreteníamos, hablábamos, nos tomábamos el pelo. Nos preocupábamos de nuestras cosas entre bromas, risas y carantoñas.

Después de cantar a voz en grito, correr y saltar pasábamos un minutito a los pies de la estatua de la Virgen y nos despedíamos hasta el próximo jueves.

—*Nunca dudaste de tu vocación.*

—Una vez ingresado en el seminario, me volqué de lleno a mi proyecto de vida.

Como puedes comprender, antes de mi ingreso, tuve que pensarlo y hasta rezarlo.

Una decisión de este calibre no se toma así por las buenas.

De todas formas, aunque ya desde crío —recuérdalo— andaba dando vueltas al asunto, a los 19 años estaba plenamente decidido a dar tan importante paso.

Las dudas y regateos duraron desde los 17 a los 19 años.

Yo creo que el dudar, de todas todas, es bueno, porque te ayuda a buscar respuestas y madurar tus decisiones.

No te olvides que antes intenté hacerme Oblato de María y después pedí entrar en los franciscanos, siendo aceptado el 18 de abril de 1834.

—¿Quién te dio el empujón decisivo para el seminario?

—Influyó sobremanera don José Caffasso, hoy santo, a quien le expuse toda mi situación.

El, con una calma y tranquilidad infinitas, me dijo:

—«Acaba tu bachillerato y luego, entra en el seminario. La Divina Providencia te hará conocer lo que quiere de



■
**Todo lo mejor
 de mi alma
 vibraba.**

ti. No te preocupes por nada. Dios proveerá».

En este encuentro hallé el elemento que equilibraría mi vida.

Mi temperamento volcánico, trenzado de sueños, proyectos, apuros, éxitos, fracasos..., unido al de él —amigo, consejero y discreto confesor durante más de 20 años—, me hacía ver las cosas en su justa medida.

—Y, por fin, sacerdote.

—La lógica de mis planes se cumplía el 5 de junio de 1841.

En el círculo, tan amplio, de mi vida diaria había procurado regalar amor y compañía.

Desde ahora, con mi ordenación sacerdotal, mi *cátedra* de donación se iba a agrandar mucho más.

Había llegado.

Los sacerdotes y seminaristas en la capilla del arzobispado invocaban, uno

a uno, a los grandes santos de la Iglesia: Pedro, Pablo, **Juan**, Benito, Francisco, Catalina, Ignacio...

Mientras tanto yo, revestido de alba blanca, me postraba en tierra ante el altar. Después, pálido de emoción, me levantaba para ponerme de rodillas a los pies del arzobispo. Luis Fransoni me imponía las manos sobre la cabeza e invocaba al Espíritu de Dios para que descendiera y me consagrara sacerdote para siempre.

Todó lo mejor de mi alma vibraba.
Al fin, sacerdote.

—*Las mieles del principio...*

—Al día siguiente, sin ruidos y sin distracciones, celebré mi primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís.

Fue el día más hermoso de mi vida.

Como es piadosa creencia que el Señor concede al sacerdote nuevo la gracia que le pide al celebrar esa primera misa, yo pedí **la eficacia de la palabra** para poder hacer el bien a los demás.

La segunda misa la celebré en la iglesia de la **Madonna** del Consuelo, que es la patrona de Turín. Al levantar los ojos veía allá arriba, en su camarín, a la «Señora vestida con un manto brillante», que me venía hablando desde los nueve años. Ahora empezaba el tiempo en que **todo lo comprendería**.

Y, en fin, el jueves siguiente, fiesta del **Corpus Christi** celebré la misa en mi pueblo.

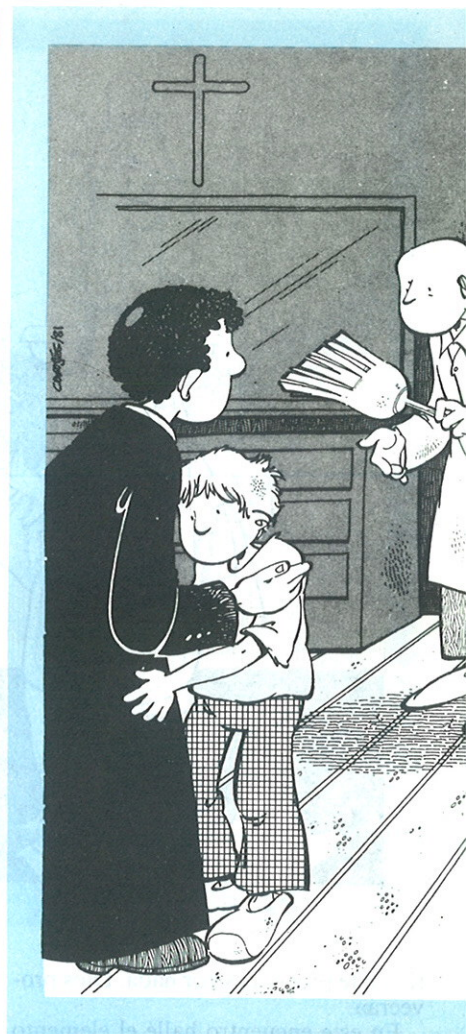
Permanecí con el corazón estrujado.

La fuerza del afecto de mis paisanos ahora me sobrecogía.

Allí, los peques, desconcertados, permanecían sin respirar: un saltimbanqui llegado a cura.

Allí, los mayores, compañeros de escuela y juegos, rumiaban su admiración y su respeto.

Allí, en fin, los ancianos, cuchicheaban entre suspiros, al recordarme con los pies descalzos y los libros en la mano.



Aquella tarde mi madre lograba un momento para hablarme a solas:

—«Ya eres sacerdote! —me dijo—. Ahora estás más cerca de Jesús. Yo no he leído tus libros, pero acuérdate que



■
¿Sabes silbar?

comenzar a decir misa, es lo mismo que empezar a sufrir. No te darás cuenta de ello en seguida, pero un día verás que tu madre no te ha engañado. En adelante, piensa sólo en la salvación de las almas, y no te preocupes de mí».

4

CORREDOR DE RESISTENCIA

—*Turín a la vista.*

—La vida nos maneja y nos sorprende siempre: había nacido Juan Bosco sacerdote.

De Chieri, pequeña ciudad levítica a Turín.

Turín, la capital política del reino del Piamonte, cambiando su rostro.

Con las primeras transformaciones que traía el maquinismo, habían aumentado los problemas.

Por insinuación de don José Cafasso me quedaba en ella.

Su experiencia me urgía una vez llegado a la agobiante ciudad:

—«¡Vaya, vaya, y mire a su alrededor!

Yo no conocía más que la pobreza del campo, pero ahora, quedé turbado e interpelado, al dar una vuelta por las calles de la ciudad.

En los suburbios fermentaba la revolución y tantos otros géneros de amargura.

Los adolescentes vagabundeaban por las calles, sin trabajo alguno, hundidos y tristes.

Los mismos chiquillos de la reconstrucción nacional —**Risorgimento**— se empezaban a pudrir, sin horizontes donde reponer su mirada.

Con notable estupor descubrí junto al gran mercado otro podrido «mercado de brazos juveniles».

Volví a salir una y otra vez.

Contemplaba grupos de chicos trepar por los andamios de los albañiles, buscar con desesperación una plaza de mozo en una tienda, vagar sin rumbo fijo, anunciándose como deshollinadores o afiladores.

Me acercaba a ellos. Pero éstos siempre se alejaban retadores y desconfiados... ¡Qué le íbamos a hacer!

Para mí había cambiado enormemente mi alrededor, pero no mi espíritu de rebeldía contra ese alrededor.

—*Parece que te impresionaron mucho las cárceles.*

—De verdad, me horroricé.

Contemplar cantidad de chicos, de 12 a 18 años, sanos y robustos, en aquellas cárceles, no me dejaba tranquilo.

Notaba gran rabia y desazón en mi alma.

No podía restarle importancia a estas situaciones. Tanto más cuanto que estos chicos volvían y volvían a la cárcel, al estar abandonados a sí mismos.

Pensé que les faltaba un amigo a su salida.

Yo era un novel cura radical y quise convertirme en ese amigo.

Así, durante los tres años que permanecí en la **Residencia sacerdotal** de Turín acumulé toda la sensibilidad social posible, en unión del citado director don Cafasso.

Este nos hablaba de una pastoral muy sencilla.

No se trataba simplemente de echar el grano, sino de saber echarlo.

Grano a grano, no en montones, con moderación, siendo conscientes de lo que la tierra podría asimilar.

Sin sembrar árboles, donde sólo podía crecer el trigo o rosales en campo de pinos.

¡Vamos, todo esto no tenía precio!

Por eso, los sábados iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, frutas, panecillos.

Y los domingos los consagraba por

entero a jugar y entretener a los chicos del arroyo, mientras que entre semana iba a visitarlos a sus mismos puestos de trabajo.

¡Cómo tenía que correr para poder llegar a todos!

—*Pero creo que tu punto de partida fue otro.*

—Bueno ya tenía forjada mi opción.

Ahora necesitaba una ocasión **agente, vital, templada**, con carácter propio.

Y ésta no se hizo esperar.

El 8 de diciembre de 1841, mientras me preparaba para decir misa, apareció un adolescente por la sacristía para resguardarse del frío.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Bartolomé Garelli.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿De qué pueblo eres?

—De Asti. (Eramos paisanos).

—¿Qué oficio tienes?

—Albañil.

—¿Vive tu padre?

—No.

—¿Y tu madre?

—No.

—¿Sabes leer?

—No.

—¿Has hecho la primera comunión?

—No.

—¿Vas al catecismo?

—No.

—¿Sabes silbar?

El chico estalló por los cuatro costados y:

—SIIIIIIIIIII... —me respondió.

—Pues reza conmigo el **Avemaría**.

—Me gustaría —añadí— que volviera el próximo domingo.

—Con mucho gusto.

—Pero no vengas solo —le dije—. Tráete contigo a tus amigos.

Y Garelli, peón de albañil, huérfano e inmigrante se convertía en mi primer embajador entre los jóvenes trabajadores del barrio. Les contó su encuentro



—Me moría de tisis.

conmigo, **que sabía silbar**, y el domingo siguiente entraban nueve muchachos en la sacristía, preguntando por mí. Nació el **Oratorio**.

—*Quieres explicar lo de «Oratorio», «O-ra-to-rio».*

—Los **Oratorios** eran en Italia especie de centros juveniles en torno a una parroquia.

Allí los jóvenes se reunían los días «festivos» por espacio de dos o tres horas.

Los párrocos solían seleccionar a los mejores para formar grupos de **élite**.

Mi pensamiento, respaldado por la práctica, iba a ser distinto.

Yo acogía (tantas veces sin sitio) a los chicos que me venían a buscar para pasar el día.

El núcleo de mi centro juvenil no podía ser la parroquia, sino yo mismo y mi poca o mucha creatividad.

Asentados, después de cuatro años, en unas casuchas de Valdocco, uno de los barrios de peor fama de Turín, mi **Oratorio** se convertía en la **parroquia de los chicos sin parroquia**. Así lo definió mi propio arzobispo.

Empezó, pues, con los jóvenes salidos de la cárcel.

Siguió con picapedreros, albañiles,

estucadores, adquinadores..., cuya familia andaba lejos.

Y se consolidó con todo tipo de chicos «abandonados y en peligro».

Jamás pude absorber a los granujas, ni a los vencidos por la vida, que nunca pisaban la iglesia. Sin embargo, lo seguí intentando con algunos éxitos y fracasos.

—*¿Qué tal de salud, Juan?*

—Mi salud siempre fue recia y consistente. O al menos esa imagen logró dar.

No obstante, tantas prisas por llegar a las necesidades de aquellos cuatrocientos chicos la minaron.

En 1845, después de los stress de primavera, al llegar los primeros calores, empecé a resentirme con rapidez.

Con apenas 31 años no había alcanzado el sentido del límite y el primer domingo de 1846 me desmayé.

«Tos, inflamación peligrosa, pérdidas continuas de sangre» advirtieron los chicos del Oratorio. Los médicos diagnosticaron: «pleuritis con alta fiebre, hemotipsis».

Yo trataba de restarle importancia, pero, al fin, caí en estado de coma.

Me moría de tisis.

Alrededor de mi cama acudían los peones de albañil, los aprendices de los garajes, los tiznados por la mugre y la cal..., la escoria de la revolución industrial, los chavalones de la contracultura.

Ya no había juergas, ni alcohol, ni abigarramientos circenses.

Había afectos, lloros, oraciones y hasta votos.

Los chicos de Valdocco trasladaban al todo Turín su pregón dolido: **Don Bosco se muere.**

Yo les oía y sentía su aliento, pero no podía moverme.

A los ocho días de toda aquella transferencia de amor juvenil, después de prolongados vómitos de sangre, sin sa-



■ —Le señalé sencillamente un crucifijo.

ber cómo ni por qué reviví y me recuperé y hasta me pude levantar para depositar sobre aquellos entrañables escorbos mi nueva vida, en la que iban a caer todas las primaveras. Les dije:

—Os debo la vida. Estad seguros: de hoy en adelante, toda ella será para vosotros.

—*Tu madre vino y se fue...*

—Pues...

Antes de continuar con más riesgos me traía a mi madre para robustecer las posibles carencias de mi salud.

Así, hombro con hombro, juntos en paz, y, a ser posible, hasta alegres, íbamos a compartir venturas y desventuras.

Una noche la encontré rara.



—Pensé que les faltaba un amigo.

Aunque lo advertí, no le dije nada.

Los chicos se habían ido a dormir y ella permanecía, anonadada y hundida, ante las montañas de ropa —iy de qué ropa!—: camisetas que lavar, pantalones que coser, calcetines que zurcir..., únicos e imprescindibles, para el día siguiente, al amanecer.

Yo, como de costumbre, me dispuse a ayudarlo como otras noches, remendando chaquetas y componiendo zapatos.

Pero de repente murmuró:

—«Juan, estoy cansada, muy cansada. Déjame volver a **I Becchi**. (El case-río). Trabajo de la mañana a la noche, soy una pobre vieja, y esos muchacho-

tes me lo destrozan todo. Ya no puedo más».

A mí se me cayó el alma a los pies.

Pero, de modo imperceptible y amagante, se alzaban y caían sobre ella aquellas poderosas palabras que me dijo días antes de ingresar en el seminario: «el día que seas rico no pondré los pies en tu casa».

Yo entonces, sobrecogido, ni le hice una gracietita, ni le propiné una carantoña, ni le conté un chiste, ni le solté una prédica. Le señalé sencillamente un crucifijo, escueto y desnudo, colgado sobre la pared.

Me latía el corazón aceleradamente.

Ella bajó la cabeza y se quedó conmigo hasta su muerte.

—*Tanto golfo y raterillo ¿te trajo disgustos?*

—*Todo depende de cómo se mire.*

Había algunos de mis chicos del **Oratorio** que al llegar la noche, no sabían a dónde ir a dormir.

Unos lo hacían bajo un puente, otros en los tristes dormitorios públicos, otros bajo los soportales de las plazas, arropados con los extravagantes capotes de militares, patriotas o partisanos de aquellas interminables guerras del **Risorgimento**.

Hacía tiempo que yo recogía de forma saltuaria en mi diminuta casita de Valdocco ya a unos ya a otros.

Pero pensaba recoger de forma regular a los más abandonados.

Pensado y hecho, al menos por mi parte.

Una noche de abril de 1847 colocaba media docena de colchones y mantas en el pajar y ponía a dormir a otros tantos mozelos. Fue todo un fracaso.

A la mañana siguiente, los huéspedes habían desaparecido, llevándose colchones y mantas.

No importaba. Repetí el ensayo y la cosa fue peor todavía.

—Calma madre —le insistí—, volvamos a poner lo que tengamos.

—Pues... ¿como no sean ya nuestras mantas y sábanas, hijo? —atajó ella.

—Pues bueno, también estos trapos nuestros... hasta...

Una noche de mayo de ese 1847, por fin, se quedaba un albañil sin trabajo del valle del Sesisa. Será considerado el primer **interno** de los colegios de los salesianos.

—*Tus biógrafos descuidan tus funciones políticas...*

—La verdad es que conviene distinguir.

De Turín a Roma fui veinte veces. De ellas, quince me entrevisté con el Papa.

Iba a Roma con temblor. No de temores, sino de esperanzas.

Allí me daba de bruces con todo lo que estaba llegando a ser.

Quiero decir que, yo creo, que en ningún lugar del mundo yo era tanto como en Roma.

Nunca fui diplomático de carrera. Pero el afecto de Pío IX me metió en auténticas funciones de **negociar** asuntos políticos.

Ante la situación de vulnerabilidad de la Iglesia, el mismo Papa me confiaba de forma extraoficial las negociaciones para la provisión de obispos en Italia.

Desde 1865 a 1871 me instalé en el corazón de los dos poderes —modestia aparte— suscitando sin saber muy bien por qué los primeros acuerdos en la provisión de iglesias en 1867.

Estupefacto, pude comprobar cómo durante los cinco consistorios de 1871 se llegaban a nombrar 84 obispos con parte de mi mediación.

Le sugerí más tarde a Pío IX otros 18 nombres de episcopables, que él confirmó sin rechistar.

Por eso iba con temblor a Roma.

Yo que había nacido para hacer ca-



■ —Parece el huevo de Colón.

briolas con los chicos y para ensayar conjuntos musicales de los jóvenes, le resolvía a Pío IX, con mi elemental forma de ser, problemas de gran política.

Seguramente el no ser hombre de partidos y mi preocupación social a través de la escuela profesional, me hizo no regar fuera de tiesto. Yo a ese talante lo llamé **Política del Padre nuestro**.

—*Este influjo te traería problemas...*

—¡Claro!

Los periódicos llegaban a confundir mi opción por el Papa con el influjo social y político.

Los periódicos turineses se vendían como rosquillas al vocear en grandes títulos: «**La revolución descubierta en Valdocco, El cura de Valdocco y los**



■ La educación es cuestión de corazón.

enemigos de la Patria!... ¡Todo por dos liras! ¡No te lo pierdaaaa!»

Me resultaba todo desconcertante a fuerza de estar desconcertado.

Por ejemplo, un día, mientras explicaba el catecismo en la capilla a toda aquella turba de chicos, una bala de arcabuz penetraba por la ventana, llegando a agujerearme la sotana por un costado.

Se produjo un notable desconcierto, ante el que tuve yo que reaccionar, levantando los ánimos de todos.

No lo creas virtud, era nerviosismo.

En otra ocasión, estando en medio de un coro de chicos, bromeando y discurseando, como de costumbre, me

asaltaba un mozalbete provisto de un largo cuchillo en la mano.

Por piernas las esperanzas del golfillo no se hicieron realidad. Pues ya sabes que por piernas ni todos los cuchillos de la **camorra** napolitana me hubieran logrado atrapar. (Como notarás, para estas fechas yo no tenía abuela, ejem, ejem).

Creo que la RAI (la Radio Televisión Italiana) se lleva gastando unos cuantos cientos de millones en una superproducción sobre éstas y otras aventuras mías desde 1984.

Ha traído, además, para representarme al neoyorquino **Ben Gazzara**, que goza de una de esas miradas características de quienes han recibido la gracia o la desdicha de saber observar.

Yo, casi toda mi vida tuve que estar muy atento.

—*¿Es verdad que contrataste un perro-policia?*

—Dice Arniches, madrileño de adopción, que la vida no nos suelta, mientras no nos da lo que merecemos.

Pues bien, parecía que la muerte tenía que entrar a saco en mi cerco. Quizás era lo que me merecía.

El hecho fue que el destino empezó a depararme frecuentes atentados.

Como entonces, entre el **Oratorio** y Turín, había enormes despoblados, cuajados de espinos y acacias, procuraba no ir solo a la ciudad, ni tampoco volver de ella.

Una tarde oscura, volvía yo completamente solo y con mi miedo por todo el cuerpo, cuando apareció junto a mí un perrazo que, a primera vista, me espantó.

Saltó en vertical hasta lamerme la cara.

Después me hizo fiestas, como si yo fuera su dueño y me acompañó cariñoso, hasta el **Oratorio**.

Supe después que unos individuos

habían querido asesinar-me. Pero al verme con el perro...

Le puse por nombre «Gris».

A fines de noviembre de 1854, en una tarde lluviosa, advertí que dos hombres caminaban a poca distancia de mí. Aceleraban o retardaban el paso, conforme yo lo acelerara o retrasara. Pensé lo peor.

Quise como siempre fiarme de mis piernas y correr.

No fue posible.

Ellos dando un salto, y sin decir palabra, me echaban una manta encima.

Grité, pero en vano.

Oí entonces los aullidos del «Gris», que se abalanzaba sobre los dos, derribándolos y mordiéndolos sin piedad.

Después, manso como un cordero, me acompañó hasta casa.

Me salvó la vida muchas otras veces.

Hermoso, sano, fuerte, incomparable, mi «Gris» desapareció de mi vida, cuando desaparecieron los atentados.

¿Sería tu ángel de la guarda?

—¿Qué nos cuentas de tus batallas íntimas?

—Mi forma de afrontar la vida me acarreó incomprensiones y hasta sanciones.

Pero las incomprensiones y las tergiversaciones son el muro de frontón en que cada uno va midiendo su fuerza y haciéndola crecer.

Probé en mi carne la tensión creadora entre obediencia y respeto a mi arzobispo Gastaldi, por una parte, y la lucha digna por el afianzamiento de mis obras y congregaciones.

Hablando un día con el canónigo Colomiatti en 1882, no pudiendo más, reventé afirmando sobre el arzobispo:

«—Ahora ya no le falta más que ponerme un cuchillo sobre el corazón.»

Eramos de la misma edad. Habíamos sido amigos tan a prueba de bomba, que yo confiaba más en el hombre que

en el arzobispo. Y todo me salió al revés de lo que pensaba.

Me suspendió de la facultad de confesar. Recogió el permiso de predicar a algunos de mis salesianos. Nos negó la administración de la confirmación a los jóvenes del Oratorio...

Y no sólo el arzobispo, también el encargado de los negocios de la Santa Sede ante el gobierno de Turín, nos desacreditaba al vernos mezclados con los chicos, enseñando oficios de sastre, carpintero, zapatero... El correr, saltar y jugar con ellos lo juzgaba una vulgaridad, impropia del estado sacerdotal.

Además, periódicos como la *Gazzetta di Torino* o la *Lanterna del Ficcana* se encargaban de poner demasiado vinagre en las heridas.

Hubo sacerdotes que llegaron a acusarme de comunista (y no es un anacronismo), de testarudo y facineroso ante mi siempre amigo y protector Pío IX. Tanto, que murió sin recibirme y eso que golpee a derecha e izquierda en busca de una audiencia en enero y febrero de 1878.

Fueron años difíciles. Doce, doce largos años.

¡Pelillos a la mar!

No hay mal que cien años dure.

Ahora todos miramos en la misma dirección, cantando siempre la misma canción.

5

CARRERA DE RELEVOS

—¿Y los salesianos?

—No podía llevar adelante yo solo ni



■ **Constituimos ya una familia demasiado grande para poder improvisarse.**

el programa de mis oratorios, que crecían sin cesar, ni el de las demás obras unidas a ellos.

Por eso, de entre los chicos, que me seguían a todas partes, procedentes de ambientes rurales primero y de ambientes obreros después, fui cuidando un grupo, que constituyó, más tarde, la primera comunidad que yo llamé **salesianos**, porque nos pusimos bajo el patronazgo de San Francisco de Sales.

Veinte —vein-te— penitentes años tuvieron que pasar hasta verla formada.

La revolución de las máquinas, con sus ínfulas de desarrollo, sus confusas consecuencias sobre la clase trabajadora y su explotación de la juventud, traía en jaque a parte del clero.

Este, no encontrando otra solución al caso, echaba mano de la espada dialéctica para arrasar la modernidad.

Yo pensaba que no era **por la persecución, sino por la persuasión** como se podía arreglar el asunto. Y además empezando por los más pequeños. He ahí mi secreto.

¿Acusaban de riqueza y pecado a la Iglesia?

Seamos tan pobres, sencillos y caritativos que ya no puedan acusarnos.

Y me puse a fundar, con el beneplácito de los mismísimos ministros liberales Ratazzi o Cavour, un extraño conglomerado religioso, en el que tomando de aquí y de allá elementos monacales, clericales y seculares, consiguiera una institución de hombres listos, pobres, buenos y pillos.

Así se podía vencer a los revolucionarios.

Los monjes estaban demasiado ocupados con sus rezos. Los clérigos con sus cargos.

Hagamos unos **frailes** —los salesianos— que tengan algo de monjes y algo de clérigos y algo de laicos. Que sean pobres como ratas y limpios como ángeles. Que sean libres, que recen mucho y como puedan, sin estar sometidos a excesivas reglas comunitarias, que vivan de su trabajo y dejen a los demás confortables espacios de convivencia...

Parece el huevo de colón.

Pero tuvo sorprendentes resultados.

Empecé con cuatro en 1854 y el año de mi muerte (1888) éramos 733. En la actualidad, las estadísticas arrojan la cifra de 17.800.

Pero en realidad, en mi registro aparecen muchos más.

Hay muchos corredores de fondo más en la Iglesia con mi espíritu.

—*¿Qué revuelo armaste en Mornese con las novias de 1872?*

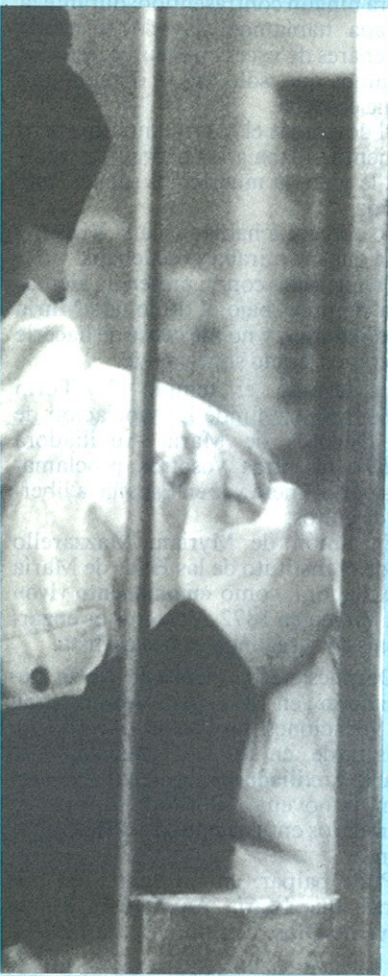
—Bueno, no fue para tanto.

Sucedía que en Mornese, pequeño pueblo del Monferrato, un grupo de chicas, bajo la dirección de su párroco,



desde 1857, se dedicaban a la juventud en el ámbito de la parroquia.

Coincidió en un viaje de tren con dicho párroco en 1862 y le invité a visitarme en Turín. Le gustó mi obra y empezamos a relacionarnos.



A finales de 1871 don Pestarino, que así se llamaba tal párroco, tenía veintisiete chicas, con las nuevas **doncellas en cabello**, que se habían ido agregando.

Para el 5 de agosto de 1872 se establecían como una nueva congregación, llamada **Hijas de María Auxiliadora**.

Plenas de armonía, aquellas chicas habían formado **pandilla** y habían encontrado sentido colegiado a su vida, teniéndolo además todo en común.

Eran quince las que recibían el hábito y once las que emitían por primera vez los votos.

Pues vayamos de bautizo —pensé— que, al fin, este verano caliente de 1872 se nos da la **buena nueva** de otra fundación.

Parecía un milagro!, pero era realidad.

Las novias del año —**las doncellas en cabello**— Myriam, Nila, Clara, Corina..., se consagraban a Dios, precisamente cuando sonaba la hora de lucir.

No sin arrojó, ante la incomprensión de sus paisanos, la **pandilla de Mornese** correspondía a otras ternuras y sabía entrenarse a fondo en el ejercicio de la virtud. ¡Otra forma de fascinación femenina! ¿No te parece?

Hubo jolgorios, muchos. Se saboreaban los inicios de un nacimiento.

La casita-colegio de Mornese —la fuente donde arrancara su existencia— era toda una pieza de sencillez y de inquietud.

Como en el discurrir de los ríos, hay que remontarlos hasta su nacimiento para conocerlos, había que recordar aquel 5 de agosto.

Nos aturde hoy la aventura de aquellas 15 novias, hasta convertirse hoy en la segunda congregación femenina de la Iglesia por su número. Creo que rondan las 18.000.

Como a los ríos, desde la fuente hasta el mar.

—¿Eras un incordio con tus libros?

—Bueno, fui hijo de mi tiempo. Más en particular, de la Iglesia de mi tiempo.

Lo que quiere decir que el **conservadurismo católico** de mi seminario absorbió mi mentalidad histórica.

En plata. Fui de ideas conservadoras. No podía ser de otro modo.

Recuerda que ya en 1832 el Papa Gregorio XVI declaraba que «las libertades modernas» no eran aceptables para los católicos. Menos para los curas.

Sin embargo, la urgencia de dar respuesta a situaciones concretas me llevó, sin proponérmelo, a superar, y hasta a atropellar, muchas posturas de los conservadores.

Vivíamos la moda de la prensa y del periodismo.

Fundé un periódico: *El Amigo de la Juventud*. Me salió mal la experiencia. Tuve que cerrarlo bien pronto.

Me volví entonces hacia otros campos: el del folleto, el libro escolar y popular.

Fui sencillo, procuré ser ameno y católico.

Mis trabajos se multiplicaron hasta confeccionar 130 títulos de los temas más variados. Mi **Historia eclesiástica** alcanzó diez ediciones, la **Historia de Italia**, dieciocho, y con **El joven instruido** llegué a vender seis millones de ejemplares.

Todo un record para mi época. Hoy lo llamaríamos un «best-seller».

Tengo que reconocer que ninguno de ellos era una obra maestra, pero sí todos una obra de amor a mis chicos, a la gente sencilla y a la Iglesia.

Por alguno de ellos llegaron a apalearme.

Pero yo no dejé nunca de escribir, ni aun cuando perdí la vista de un ojo.

—*De tu devoción a la Virgen —la «Madonna»— no se deja de hablar.*

—Lo sé. Y haces bien en recordármelo.

Los campesinos de mi pueblo, al atardecer, hablaban con la Virgen, más madre que reina, repitiéndole cincuenta veces el «**Ave María**».

Para ellos, como para mí, el repetir

cincuenta veces las mismas palabras, no era ningún contrasentido: durante la jornada habíamos clavado la azada centenares de veces en el surco, y todos sabíamos que, sólo así, se obtenía una buena cosecha.

Al desgranar el rosario, nuestro pensamiento volaba a los padres, los campos, la vida, la muerte, los sueños, **mis sueños**.

Yo empecé a hablar así a la Virgen y sabía que me miraba y escuchaba.

Viví después con su presencia alentadora siempre, bajo el título de «**María Auxiliadora**», y no me cansé de hacerle obsequios, como supe y pude.

Le levanté el templo de Turín (1863-1868) y fundé la Asociación de los Devotos de María Auxiliadora (1869), mientras vosotros proclamabais por primera vez en España la libertad de cultos.

En unión de Myriam Mazzarello fundé el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, como «**monumento vivo**» a la Virgen en 1872. Vosotros os enzarzabais en la segunda guerra carlista.

Después creé la «**Obra de María Auxiliadora**», en 1875, para la promoción de vocaciones tardías al sacerdocio. Más tarde, en 1878, la «**bendición de María Auxiliadora**», la medalla, la oración, la novena... Por toda Europa vivíamos los entusiasmos de la Restauración.

Pude palpar, en mi vida y en mis obras, que **María Auxiliadora** era la clave de Dios. El camino para llegar a El.

No se abre un camino, como una autovía, para no ser recorrido.

Por eso, en mi **testamento** a los salesianos, les dije:

«—La Santísima Virgen continuará ciertamente protegiendo nuestra congregación y las obras salesianas, si continuamos nosotros con nuestra confianza en Ella y promoviendo su culto.»



—Creo que de tus chavales de la contracultura salieron un montón de santos...

—¡Me gusta que me lo recuerden!
Es mi mejor retrato de familia.

Si es verdad que casi todas las fotos mueren, el «flash» sobre aquellos chicos y jóvenes resulta sorprendentemente vivo.

Por citarte algunos: **Mikel Rua**, hoy beato, de constitución delicada. Desde mi encuentro con él, cuando tenía ocho años, su sombra benéfica y entregada se proyectó sobre mí hasta en mi lecho de muerte. Me sucedería a mí. Desde el cielo supe que, gracias a él, se consolidaron los salesianos. Lo tuvimos todo a medias.

Juan Cagliero, un enano juguetero, que encontré de monaguillo en la igle-

sia de mi pueblo, el 1 de noviembre de 1851. Me miró, impávido y fijo, durante todo el sermón. Al regresar a la sacristía, directo e imparable, me dijo: «Quiero hacerme cura y quiero irme con usted».

Nos fuimos los dos, solos y a pie, hasta Turín. El corría más que yo... Fue siempre un buen corredor de resistencia también. Llegó a cardenal. Nuestro primer cardenal.

En la flama de aquel mediodía de chicos fenomenales, destacó **Domingo Savio**, hoy santo. Hizo consistir su santidad «en estar siempre alegre». Su bocanada despreñada y feliz trastornaba esencialmente nuestro ambiente, sobre todo el de los chicos nuevos.

Se me abren hoy las carnes de emoción al pensar en la larga lista de otros chicos y jóvenes del arroyo, muertos en olor de santidad: los otros dos Miguels, Unia y Magone, Gavio, Rinaldi, Besucco, Lasagna, Orione...

Sólo hace falta recordarlos y comprender.

Yo pienso, ya desde aquí, que todos son uno y lo mismo.

Constituimos ya una familia demasiado grande como para poder improvisarse.

Estábamos avanzando entonces por un camino trazado hacía cientos de años por Jesús de Nazaret. Previsto cuando decía aquello de: «Si no os hacéis como niños...». Por eso nos salió bastante bien.

Ahora caigo en la advertencia de la Señora de mis sueños: «**A su tiempo, todo lo comprenderás**».

—¿Qué espíritu os unió tanto y lo dejaste como herencia?

—Mira, los chicos y jóvenes, por definición, son transitorios.

Viven en estadias de paso. Por tanto, lábiles, pasajeras. Apenas son.

O crecen o se mueren: en los dos casos dejan de ser ellos.

De ahí su propensión a imitar a los mayores.

Por eso fundé un tipo de escuela, donde el educador no nadara y guardara la ropa. Y quien lo intenta fracasa.

En el mundo de los mayores funciona el cálculo: complicados cánones, rígidos entresijos, minúsculos secretos.

El mayor quiere apresar todo en seguida, quemar etapas, aprender informática en dos días o inglés en diez.

La educación, sin embargo, es cuestión de corazón y de imitación. Se tarda.

Hay que fiarse de la vida de los otros con esperanza.

Hay que contar la propia con obras de creación.

Ello significa: ofrecer, explicar, juzgársela, sembrar, pagar de persona.

Un hombre muy querido de los chicos, y de quienes se le parecen, el Stevenson de «**La isla del tesoro**», asegura que las manifestaciones de lo verdaderamente diabólico, no son más que «la envidia, la malignidad, la mentira, el silencio mezquino, la verdad calumniosa, la difamación, la pequeña tiranía, el envenenamiento de la vida doméstica».

Contra todos estos demonios familiares luché toda mi vida.

Como cada uno de nosotros somos el resultado de una larguísima serie no ininterrumpida de afectos, me hacía presente en la vida del joven: el taller, la taberna, la calle, el trabajo, la diversión... Aquí lo que importa es la intensidad del afecto, no el matiz, ni siquiera la concepción del matiz.

Lo expliqué en nueve páginas que llamé «**Sistema preventivo**».

El Papa actual, Juan Pablo II, ha tenido el bonito detalle de escribir una carta a los educadores de todo el mundo sobre el particular.

La verdad, me siento bien orgulloso. Y hasta me sonrojo por ello.

6

LLEGASTE

—*Al fin, te rompiste por los cuatro costados.*

—Seguía, por un lado, con mis caramelos en los bolsillos, interpretador de sueños, autor de almanaques con recetas de cocina, corrector nocturno de pruebas de imprenta en mi revista mensual «**Las lecturas católicas**» y viajero por toda Italia en trenes de tercera.

Pero, por otro, había quedado tocado del pecho, con fuertes dolores de muelas siempre. Padecía, además, varices desde los 40 años...

Procuraba disimularlo todo con un trabajo agotador, trato afable y rostro alegre.

Pero desde 1884 ya no podía más.

No era más que la sombra de mí mismo.

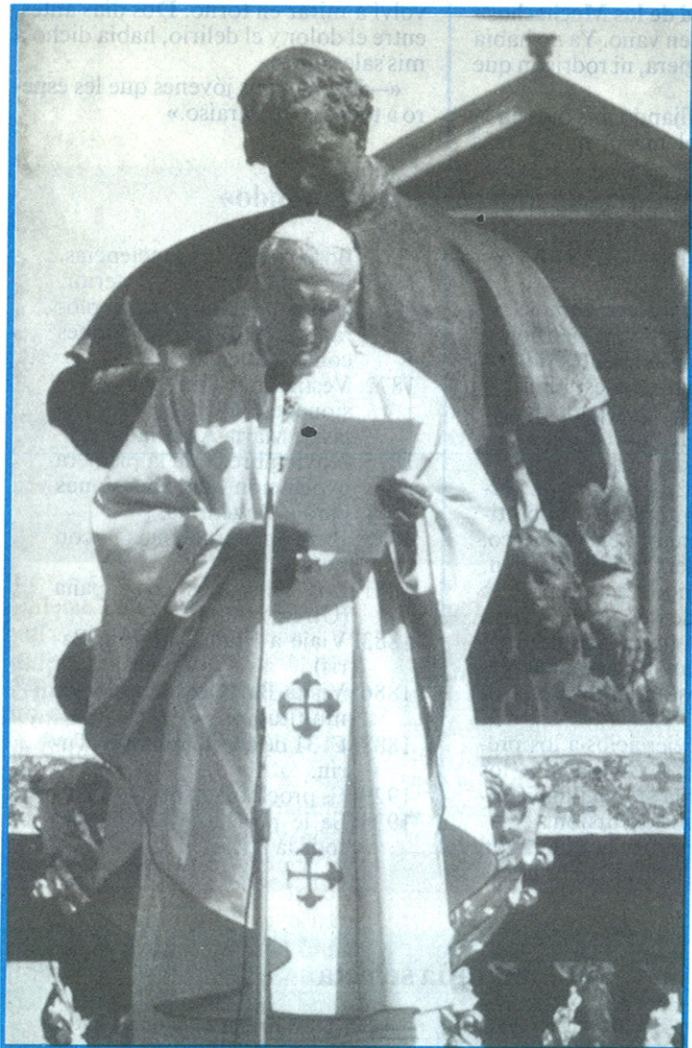
Cada día que pasaba, la muerte me ceñía, me vigilaba como a su presa los milanos.

Con mi huella de muerte, intransferible y propia, me arrastraba todavía por Francia hasta París y por España hasta Barcelona, para afianzar mi obra.

Dejaba consolidadas 57 casas de salesianos y 50 de Hijas de María Auxiliadora.

Así, como la fruta lleva dentro su hueso, su pepita, su semilla, llevaba yo **vivida** mi muerte.

Cuando la primavera de 1887 asomaba a las colinas del Monferrato, me empeñé en hacer el **testamento espiritual** para mi «**Oratorio**»: la esperanza riega, la seguridad disecca.



■
El Papa Juan Pablo II escribió una carta a los educadores de todo el mundo.

«—Todo Turín está encendido— me susurraban mis salesianos—, tenemos la primavera encima. Sus chicos saltan, juegan y corren... ¡Tenemos la primavera encima!»

La luz de Turín ya no me importaba. Tan sólo la que iluminaba mi corazón, a punto de romperse.

Mi carrera había concluido. En enero de 1888 me sentía morir. To-

da aquella «**Ciudad de los Muchachos**» me hacía espaldas en vano. Ya no había clan que me protegiera, ni rodrigón que me sustentara.

El 31 de enero, fijando mis ojos en la blanca soledad del muro, nunca más

volvía a mirar en torno. Dos días antes, entre el dolor y el delirio, había dicho a mis salesianos:

«—Decid a mis jóvenes que les espero a todos en el Paraíso.»

Historia de «un corredor de fondo»

1815: Agosto, 15. Nace en «**I Becchi**».

1825: Sueño de los nueve años.

1831: Empieza a vivir a pensión y trabaja en diferentes oficios para pagarse los estudios.

1841: Junio, 16. Ordenado sacerdote en la capilla del arzobispado de Turín.

1846: Abril, 12. Inaugura de forma definitiva, en el cobertizo de **Pinardi**, en Valdocco, la sede del **Oratorio Festivo**.

1849: Julio. Empieza a preparar a cuatro de sus jóvenes para que sean sus colaboradores.

1853: Empiezan a funcionar los primeros talleres profesionales.

1855: Predica ejercicios a los presos de **La Generala** y los acompaña sin vigilancia alguna a una excursión.

1861: Se comprueba que Don

Bosco lee en las conciencias.

1865: El ministro del Interior, Lanza, le llama para explorar las posibles relaciones con el Vaticano.

1872: Vestición y primeras profesiones en Mornese de las Hijas de María Auxiliadora.

1875: Noviembre. Sale la primera expedición de salesianos para la Argentina.

1878: Primera audiencia con León XIII.

1881: Los salesianos en España (Utrera).

1883: Viaje a Francia (Lyon, París).

1886: Visita Barcelona en olor de multitudes.

1888: El 31 de enero muere en Turín.

1929: Es proclamado beato.

1934: Se le proclama santo para toda la Iglesia.

Bibliografía selecta

BOSCO, T.: **Don Bosco. Una biografía nueva**. CCS, Madrid, 1984.

BRAIDO, P.: **Don Bosco al alcance de la mano**. CCS, Madrid, 1984.

BROCARD, P.: **Don Bosco, te recordamos**. Madrid, CCS, 1986.

BROCARD, P.: **Don Bosco, profun-**

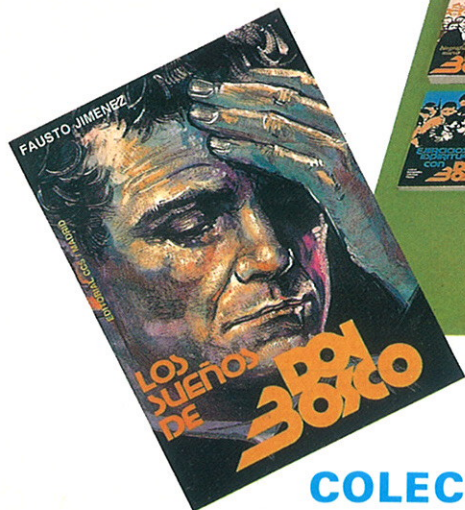
damente hombre, profundamente santo. CCS, Madrid, 1988.

CERIA, E.: **Don Bosco con Dios**. CCS, Madrid, 1986.

CIAN, L.: **El sistema educativo de Don Bosco**. CCS, Madrid, 1987.

PELLICIER, M.: **Don Bosco con nosotros**. CCS, Madrid, 1981.

LIBROS SOBRE DON BOSCO



COLECCION DON BOSCO

1. *Don Bosco*, Teresio Bosco.
2. *Don Bosco*, Teresio Bosco, edición para la juventud.
3. *Don Bosco con nosotros*, Marcelle Pellissier.
4. *Don Bosco, te recordamos*, Pedro Brocardo.
5. *Ejercicios espirituales con Don Bosco*, Teresio Bosco.
6. *Don Bosco con Dios*, Eugenio Ceria.
7. *Don Bosco: carta a los niños*, Rafael Alfaro.
8. *Don Bosco al alcance de la mano*, Pedro Braido.
9. *El sistema educativo de Don Bosco*, Luciano Cian.
10. *Memorias del Oratorio*, San Juan Bosco.
11. *Don Bosco: profundamente hombre, profundamente santo*, Pedro Brocardo.

NOVEDAD

- *Los sueños de Don Bosco* (n.º 12 de la «Colección Don Bosco»).
- *Don Bosco en TBO* (3 fascículos)
- *Memorias biográficas de San Juan Bosco* (19 tomos)

**EDITORIAL
CCS**

Teléfono: 255 20 00 / Alcalá, 164 / 28028 - MADRID

*La seguridad diseca
La esperanza riega*



Este folleto puede adquirirse, dentro de la colección CONEL, en:



**CENTRAL
CATEQUÍSTICA
SALESIANA**

Alcalá 164 - MADRID-28 - Teléf. 255 20 00